

AIBR. Ed. ELECTRÓNICA	Nº 43	MADRID	SEPT-OCTUBRE 2005	ISSN 1578-9705
-----------------------	-------	--------	-------------------	----------------

FUNDAMENTOS TEÓRICOS Y DERIVACIONES PRÁCTICAS DE LA IAP EN ESPAÑA

Ester Massó Guijarro

Becaria FPU. Departamento de Filosofía – Facultad de Filosofía y Letras “B”. Universidad de Granada

Resumen:

Este trabajo constituye una discusión sobre investigación-acción antropológica y en relación con el trabajo social. Trataré de sus fundamentos teóricos y de sus derivaciones prácticas, especialmente en relación con el trabajo de campo.

Palabras clave:

Investigación-acción, antropología social, trabajo social, teoría, praxis.

Abstract:

A discussion on action research, and its relation to social work, are proposed here. This is done from its theoretical roots and its practical trends, specially in relation to fieldwork.

Keywords:

Action research, social anthropology, social work, theory, praxis.

Introducción

En el texto que se presenta abordarán como tópicos fundamentales la antropología social (teoría y método), la investigación-acción participativa (como estrategia de investigación social) y el trabajo social, así como las distintas vinculaciones entre los tres. Por otro lado, el texto como discurso se articula en la división de dos grandes temáticas, a saber: la investigación-acción participativa (bases y fundamentos) y la relación de ésta con el trabajo de campo (sus aportaciones).

Antes de entrar a fondo en el tema, quisiera aclarar que seguiré fundamentalmente el trabajo de Ángel Montes (2000) “Antropología, Investigación Acción y Trabajo Social. Encontramos en el

artículo una serie de referencias personales destinadas a precisar el tipo de vinculación que une al autor, Ángel Montes, con las temáticas mencionadas; así, él mismo se define como antropólogo de campo involucrado en el trabajo social, que ha realizado investigación antropológica para responder a las necesidades de la acción social.

Ángel Montes del Castillo publica el artículo "Antropología, investigación-acción y trabajo social" en la compilación de María Jesús Martínez Para el trabajo social. Aportaciones teóricas y prácticas. El autor, profesor en la actualidad de la Universidad de Murcia, ha desarrollado una amplia experiencia teórica y práctica sobre el tema de la investigación-acción participativa, siendo hoy uno de los exponentes en el ámbito español. He considerado interesante trabajar con su artículo ya que hallamos en él uno de los bistrús más precisos y finos en el tratamiento del tema que interesa aquí, además de que por su experiencia profesional se vio abocado a la investigación-acción participativa (IAP) de forma imperiosa, lo que ha conducido su trabajo por vías teórico-prácticas ricas y complejas: su interés primero no fue la teoría sobre la IAP sino la acción social y la preocupación por los aspectos teóricos de la misma.

Desde la antropología se ha discutido con amplitud y exhaustividad el problema de la metodología en congruencia con las distintas epistemologías. Por otro lado, como veremos en este mismo trabajo, la aplicación de las técnicas a la realidad objeto de estudio no deja de presentar un desafío perenne para la investigación etnográfica, al tiempo que suscita cada vez más la interrogante por la conveniencia de la militancia, es decir, de la implicación activa de la misma antropóloga o antropólogo en el campo.

La motivación radical del texto es, pues, discutir en torno a estas cuestiones sirviéndome del apoyo del artículo, pertinente a mi entender en tanto que aborda el tema de modo crítico; pero la idea no es agotarnos en el pensamiento de Montes sino debatir a partir del mismo, ya que pretendo abogar por la participación y el necesario perspectivismo en la investigación. A mi juicio, estos imperativos son especialmente agudos para la antropología en el ámbito de la globalización, a causa las conflictivas relaciones culturales (y por ende políticas, económicas, migratorias) que a escala internacional se están estableciendo. No sólo no creo en ningún tipo de neutralidad (ni teórica, ni práctica, ni analítica) sino que firmemente apoyo el partidismo, un partidismo naturalmente pertrechado por una argumentación moral-política sólida y una irrenunciable honestidad intelectual, como pienso que suceden hoy en los grandes foros y movilizaciones sociales que se vienen realizando desde hace años: el foro social mundial de Porto Alegre en Brasil, el foro social africano de Addis Abeba en Etiopía, el Movimiento de las Mujeres por la Paz en Colombia, la investigación rizomática en la selva Lacandona con los zapatistas. Son ejemplos, a mi juicio, de la potencia antropológica de la sociedad civil y de nuestro lugar como antropólogas y antropólogos, además de la conveniencia de realizar una evaluación sociocientífica de nuestros trabajos.

No deseo estudiar, como antropóloga, los hechos sociales como si fueran muebles, como si la realidad constituyera un museo de actos por el que transitamos estúpidamente extasiados los conservadores. Para participar y transformar, junto con los actores, necesitamos de perspectivas teóricas como la IAP y de una discusión vigorosa, ya que todo lo humano acarrea inexorablemente terrenos pantanosos y porosos, impidiéndonos huir de la complejidad.

Algunos autores clave que han trabajado la IAP son el colombiano Orlando Fals-Borda, Paulo Freire (que aplicó por primera vez esta mirada a la pedagogía, y hoy muy empleado por las experiencias educativas del Movimiento Sem Terra brasileño, entre otros), o Jesús Ibáñez en el ámbito español. En la actualidad, profesores como Lourdes Merino y Enrique Raya se siguen preguntando acerca del estatus de la IAP y su posible diferenciación con respecto de la investigación-acción a secas.

En el artículo de Montes se define concisamente lo que el autor considera un momento de crisis general en las ciencias sociales, que pasa por un cuestionamiento en el seno de la izquierda ideológico-política y que lleva al reconocimiento de dos puntos cruciales: los hechos sociales como lugares propios de las ciencias sociales, de un lado, y la necesidad de microteorías -desarrolladas desde macroteorías-, de otro. El interés de la investigación-acción responde a esta situación de impugnación del statu quo actual en ciencias sociales.

Llegado al primero de los dos grandes epígrafes que menciono, el autor aborda la temática de la investigación-acción realizando un recorrido diacrónico y sincrónico sobre esta noción. Así, nos hallamos en primer lugar con una descripción de los orígenes, la referencia a K. Lewin en los años cuarenta del pasado siglo y las dos grandes aplicaciones de la investigación-acción (sin el sello participativo que más tarde se le daría) la pedagógica y la sociológica. Las raíces de la investigación-acción (IA) se hallan, a entender de Montes, en la crisis de la sociología tradicional y en la crisis del marxismo, que dieron lugar en conjunto a la llamada sociología crítica. No puedo dejar de citar aquí el Simposio de Cartagena y la llamada Investigación Militante, orientados por líneas críticas análogas a las de la Escuela de Frankfurt, Gramsci, Lukács, e incluso más atrás a Engels, Luxemburgo o el primer Kautsky.

La crisis del marxismo, a la base de estos nuevos planteamientos de la IA, tuvo consecuencias diversas en la teoría y en la práctica; su paralización (la del marxismo) en los años treinta conllevó una incompreensión de los procesos sociopolíticos y una praxis política desorientada. No habían sido pertinentemente asumidas las limitaciones históricas inherentes al alcance de la teoría marxista de la sociedad y del materialismo histórico como método; éstos emplearon una serie de variables para el análisis que a mediados del siglo XX se había, naturalmente, transformado. La IA constituyó también, pues, un ensayo de solución en la praxis a aquella inmovilidad que se había extendido en los frustrados círculos marxistas.

Me gustaría matizar, sin embargo, que a esta crisis generalizada del marxismo no sólo respondió la IA; incluso, que aquello que llama el autor "paralización" no fue tal a mí entender, al menos no en la teoría, y me baso en la experiencia de la Escuela de Frankfurt para apoyar esto. Como sabemos, este grupo de pensadores, judíos y alemanes en su gran mayoría, planteó desde el inicio una revisión y una actualización de los principios marxistas en lo que se llamó la "teoría crítica"; algunos, además, trataron de combinar el análisis de este método con el del psicoanálisis (freudomarxismo de Marcuse, entre otros). Podemos dividir asimismo a los frankfurtianos en dos etapas, a saber, la primera Escuela (precisamente iniciada en los años que Montes señalaba "de paralización") y la segunda, mucho más actual e incluso contemporánea, encarnada por Apel y Habermas fundamentalmente. Lo que pretendo argumentar con esto es que encuentro discutible que sucediera en aquellos años una paralización del marxismo, si bien resulta incontestable que existía una crisis teórico-metodológica a la que se intentaba responder de distintos modos.

Abundando en la cuestión de las tendencias de la IA, se dice que priman dos enfoques en la actualidad: el tendente al funcionalismo estructural y el tendente al materialismo histórico. Lo que se busca es, en fin, una alternativa metodológica instrumental que asumió distintas interpretaciones y suscitó críticas y asunciones variadas. Se propone la confluencia entre la observación y la participación pero esto, asimismo, crea interrogantes acerca de las fronteras y límites entre ambas. Muchos siguen abogando por una supuesta asepsia ideológica y política en los investigadores sociales, instando a una clara separación entre práctica política e investigación social propiamente dicha. Desde el otro lado, el argumento crucial que se emplea en el Simposio de Cartagena en defensa de la IA es la imposibilidad real de la neutralidad (siempre teñida por intereses de clase), además de su inmoralidad –en tanto que respeta e incluso contribuye a mantener un statu quo de dudosa aceptabilidad ética, en la mayoría de los casos-.

Con respecto a la imposibilidad de la neutralidad en la investigación, Montes ofrece algunos ejemplos en su artículo sobre intentos que se han llevado a cabo a modo de mecanismos correctores de los sesgos –Oscar Lewis- y que, sin embargo, parecen seguir olvidando todo un conjunto de variables no controladas (y difícilmente controlables) que giran en torno a los aspectos ideológicos y políticos filtrados en las técnicas. "Los datos no existen, los datos se construyen", afirma Montes y, en tanto que todo saber es una forma de poder, haríamos mejor reconociendo cuál va a ser nuestro propio "sesgo" y explicitar nuestros presupuestos en lugar de aparentar una falsa neutralidad, con el fin de ofrecer mayor honestidad y claridad en la investigación.

Con respecto al dogma de la no intervención –que, como decía, puede admitir un cuestionamiento ético importante-, la respuesta resulta similar a la anterior: siempre hay en un cierto tipo de intervención que implica brechas en la supuesta objetividad. Además, esa preferencia por la virginidad y la asepsia ideológica y pragmática, ¿qué sentido tiene? ¿para qué queremos aumentar el acervo del conocimiento sobre la sociedad, si esto no posee ningún viso de utilidad para la misma?

Este debate adopta su forma más virulenta en el campo de la antropología donde, históricamente, se había practicado un brutal etnocentrismo desde una supuesta vocación de objetividad.

En los párrafos anteriores trato de manejar las claves de un debate ético fundamental, que trasciende las fronteras de la IA y que se extiende hasta la crítica de los derechos humanos (como creación y formulación de occidente) y hasta las fronteras últimas de los fundamentos metaéticos de estos argumentos. En realidad nos retrotraemos a la pregunta por el relativismo, que subyace al interrogante de la conveniencia o no de la intervención: ¿el relativismo cultural, sano y pertinente en la antropología, debe y puede acompañarse de un relativismo ético? ¿Un relativismo ético se opone a un universalismo de los valores? ¿No es (paradójicamente en apariencia) etnocéntrico el universalismo, en tanto que lo que hemos dado en llamar así desde la tradición occidental no constituye más que una construcción devenida de la misma historia moderna, tras la caída del Antiguo Régimen, y que hunde sus raíces en la concepción platónica de la persona humana? ¿No manejamos así, pues, un falso concepto de neutralidad –como se maneja cuando se privilegia desde un abierto liberalismo los derechos individuales frente a los colectivos en debates, por ejemplo, sobre los derechos indígenas-?

Desde la reflexión filosófica estos interrogantes exceden con mucho los objetivos y el espacio de esta pequeña recensión, pero no quería dejar, al menos, de ofrecer unas pinceladas acerca de mi concepción personal sobre la complejidad del debate, o acerca de cómo asumo las preguntas.

Regresando a la IA, el autor del artículo ensaya una definición de la misma que involucra términos teóricos, políticos y epistemológicos: “estrategia de investigación que aspira ligar los aspectos teóricos y políticos en las ciencias sociales, aunque desde presupuestos teóricos y metodológicos diversos”. El problema de la relación entre teoría y práctica se plantea, por otro lado, en los términos del viejo debate filosófico acerca de la relación entre pensamiento y realidad, y su actualidad con el desarrollo del método científico.

Las líneas básicas de la IA son la relación entre teoría y praxis (la producción de conocimientos se realiza mediante la transformación social), la cuestión de la objetividad y la neutralidad (tan importante es la relevancia científica, o hacer avanzar el conocimiento sobre las sociedades humanas, como la relevancia social, o generar conocimientos útiles para mejorar las condiciones de vida de tales sociedades e impulsar el cambio social) y la dicotomía sujeto-objeto (ruptura de esta disociación, heredada de las ciencias naturales, mediante la incorporación del grupo investigador al proceso de investigación y acción).

Llegados a este punto, podemos entender mejor una reflexión acerca de las aportaciones de la IA al trabajo de campo como proceso de investigación en antropología; y herramienta fundamental para ella en el mantenimiento de la fidelidad a los datos empíricos.

El trabajo de campo, que había sido comprendido en sus orígenes primordialmente como descripción etnográfica, asume una complejidad nueva siendo planteado como un proceso de investigación de tres etapas: etnográfica (diagnóstico del problema, formulación de hipótesis y recogida de datos), etnológica (tratamiento cualitativo de los datos e interpretación) y política (propuesta y realización de acciones sociales en virtud del conocimiento generado). Las tres actividades no deben guardar necesariamente un estricto orden cronológico sino que (especialmente la segunda y la tercera) pueden mantener relaciones de retroalimentación y encabalgarse en el proceso.

La noción de “político” que aquí manejo traspasa las fronteras de la política institucionalizada y partidaria, asumiendo su sentido más etimológico y original de “referente a la polis”, es decir, la acción social de los ciudadanos en clara referencia a las relaciones sociales de poder. Y la insistencia en la necesidad de considerar e incluso promover un aspecto político fundamental en la investigación antropológica se deriva de la defensa de que no hay investigación fuera de un contexto socio-político ni exenta de connotaciones en este sentido. Eludir esta realidad palmaria puede conducir a un exceso de teoría aparejado a un sospechoso alejamiento de los datos empíricos, como señala el autor refiriéndose a la teoría del Inconsciente Estructural de Lévi-Strauss, por ejemplo. La antropología social, afirma Montes del Castillo:

“es una ciencia social y la investigación antropológica es, independientemente de métodos y técnicas, investigación sobre relaciones sociales o sobre aspectos directa o indirectamente vinculados a las relaciones sociales”. (Montes 2000, 216)

No podemos olvidar la necesidad, con todas sus implicaciones, de la contextualización (en aras de la relevancia del conocimiento) y, a raíz de ella, de nuestra posible acción y transformación en la misma qua antropólogas y antropólogos (en aras de la relevancia social).

La neutralidad, pues, como decía, es inviable. La misma cuestión de la elección del tema y del sujeto de investigación, sobre QUÉ y sobre QUIÉN investigamos, no nace virginalmente de intereses puros. Qué nos interesa estudiar depende en gran medida de los intereses y teorías más relevantes en nuestra época histórica, de los organismos financieros y del complejo entramado que constituye nuestra historia personal; como resulta obvio, estos tres puntos a su vez se hallan íntimamente vinculados. Pierre Bourdieu (2001) realiza, a mi juicio, una aportación importante a este respecto en su análisis social sobre la trayectoria, las motivaciones y, en una palabra, el seguimiento “subterráneo” de la experiencia científica de los distintos estudiosos, para mostrar ese tipo de condicionamientos.

La contribución que la IA realiza a este respecto privilegia un criterio social-dialógico para la respuesta a las preguntas citadas “qué” y “quién”: insta a investigar en primera instancia cuestiones de relevancia social (lo que implica al menos una bilateralidad en la elección del tema: diálogo del grupo investigador con el grupo social) e invita a no tomar una opción por ninguno de los “objetos” de la disciplina considerados como preferentes. Este último punto posee connotaciones e implicaciones

importantes; significa la verdadera consideración de la alteridad, renegando de los tradicionales discursos “preferenciales” en el seno de una comunidad; estos discursos, que habitualmente solían ser los del cabecilla local, por ejemplo, quien asumía el papel de informante clave, borraban la posibilidad de escucha de las voces marginales o descentralizadas (por ejemplo, las voces de mujeres que se hallaban excluidas de la visibilidad pública y vivían en el “silencio civil” del hogar). La IA reconoce y promueve, en este sentido, la conveniencia de la poliglosia en antropología y en su método por antonomasia, el trabajo de campo.

No es nueva ni genuina la apuesta por algunos de los tópicos mencionados, como la superación de la dicotomía sujeto-objeto o el reconocimiento de la ubicuidad de los campos de poder –la condición ineludiblemente política de cualquier fenómeno social, como podemos consultar por ejemplo en González Alcantud (1998). Ya desde la primera sociología crítica se ha venido realizando una poderosa impugnación a la ciencia tradicional y sus prejuicios modernos; nombres como Paul Feyerabend (que encarna un extremismo en este sentido desde su anarquismo epistemológico) o más recientemente el rupturista portugués Boaventura de Sousa Santos (2000) están abogando por un cambio de paradigma (una “transición paradigmática”, en términos de Sousa) en la consideración de las ciencias naturales y sociales, cambio en el que algunas de las claves cruciales son aquella vinculación sujeto-sujeto (superándose incluso objeto-sujeto), el rechazo del sexismo o el capitalismo en la ciencia y, desde luego, el imperativo de ceñirse a los datos empíricos y a todas las voces, disidentes y no disidentes, implicadas en el discurso y el texto sociales.

Según Montes, para llevar a cabo una verdadera aplicación de la IA al trabajo de campo es precisa una remodelación apropiada de las técnicas de aquél, para lo que se propone algunas claves como la observación directa de los hechos sociales (y la contextualización del comportamiento), el uso de informantes, la atención a los distintos discursos, el contraste y la triangulación de los mismos y, especialmente, una técnica genuina de la IA que es la asamblea participativa. Esta idea constituye una práctica corriente utilizada en todas las formas asociativas de carácter democrático, pero su aplicación a una investigación antropológica es reciente.

La asamblea participativa puede ser definida como la “participación consciente de un grupo social en un proyecto de investigación de su propia cultura mediante su incorporación a las diferentes etapas del mismo” (Montes 2000, 222). De nuevo, nos hallamos con un procedimiento de ruptura de la dicotomía clásica sujeto-objeto, ruptura que asume dos supuestos: que el conocimiento en ciencias sociales es efectivamente un producto social (y por tanto la nativa o el nativo no es un “idiota social” sino que posee un discurso válido y relevante a este respecto, por lo que debemos “hacerle hablar”) y que la participación del grupo en la investigación permite dar unidad al proceso de la misma en sus diferentes fases, lográndose una expresión de la racionalidad autóctona y de la acción social endógena.

Montes afirma que la convergencia entre la antropología social y el trabajo social se produce en dos niveles: teoría, por un lado, y métodos y técnicas, por otro. Reivindica, además, la conveniencia de que la antropología social llegue a ser una práctica profesional más allá del ámbito de la docencia y la investigación (espacios de los cuáles hasta hoy no se ha desvinculado en ningún momento y que en algunos países, como Colombia, son más frecuentes que en Europa); a este objetivo puede contribuir en buena medida la IA con su sugerencia de nuevas miradas, más que de nuevos objetos. Afirma el autor (Montes 2000, 220) que “el reto para los antropólogos no es inventar un nuevo objeto que ya está ahí, sino desarrollar métodos y técnicas adecuados al mismo”.

El autor abunda en su énfasis de la función social de la antropología y, por ende, de la antropóloga o antropólogo como profesional. Como tales, hemos de responder a las preguntas de “¿para qué?” y “¿dónde?”, y replantear los objetivos y los destinatarios de nuestras acciones si queremos que nuestro trabajo implique una verdadera relevancia social. Pero, contrariamente a esto, lo que ha venido sucediendo en los últimos tiempos ha virado más bien hacia intereses diferentes: la institucionalización creciente de la antropología como disciplina académica, el abandono del trabajo de campo –o al menos la reducción– por parte de los antropólogos en favor de la revisión bibliográfica, etc. Montes muestra su preocupación por estas tendencias, reivindicando la importancia del trabajo social en su sentido más amplio de acción social (educación, organización y movilización de los ciudadanos para la defensa de sus derechos e intereses sociales). Para esto debemos volver la vista, pues, a lo que ofrece la IA: la aplicación de los conocimientos a la acción, e incluso la extracción de conocimientos de la acción misma.

Para terminar se realiza una descripción, a mi juicio muy oportuna, de las limitaciones y problemas que la IA puede presentar, derivadas de situaciones como la falta de consenso en la práctica y en la delimitación ideológica y terminológica, la participación del grupo en la investigación, la remodelación de las técnicas tradicionales o la heterogeneidad de la comprensión misma de lo que sea la IA. Pienso, sin embargo, que estas cuestiones mencionadas no constituyen tanto problemas genuinos cuanto planteamientos de los obstáculos que, en las situaciones reales, puede surgir espontáneamente fruto de la complejidad del perspectivismo humano, de las relaciones entre personas, de las contingencias de la vida misma y de la riqueza que implica un método plural, definido de forma abierta y que admite por definición la disidencia en la comprensión de sus distintas vertientes.

En conjunto, el artículo estudiado plantea toda una serie de cuestiones sumamente relevantes, a mi entender, para la práctica de la antropología y su ineludible componente social y política. Por cuestión de sensibilidades políticas personales, me inclino hacia el reconocimiento de una necesidad de posicionamiento y praxis políticos desde mi trabajo como antropóloga y ante las distintas realidades sociales en las que, espero, pueda desarrollar mi actividad profesional. Sin embargo como estudiosa de la filosofía no puedo menos que abordar críticamente la acción y especialmente la intervención, en mi debate personal entre el relativismo cultural-ético y el universalismo (el cual

rechazo, si cabe, con más virulencia que el primero). Pienso que la única vía de trabajo que se abre para paliar los cuestionamientos ético-filosóficos ante la intervención y la IA es, precisamente su vertiente participativa, es decir, el establecimiento del diálogo con los actores sociales con quienes vayamos a trabajar; es decir, el planteamiento de una tarea y un discurso comunes y políglotas, culturalmente hablando, en los que no quepan el monólogo ni el monopolio interpretativo, como vino sucediendo en nuestra modernidad occidental durante siglos.

Referencias bibliográficas

Augé, Marc (2001) [1992]. *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.

Bourdieu, Pierre (2003) [2001]. *El oficio de científico*. Barcelona: Anagrama,

Bunge, Mario (2002) [2001]. *Crisis y reconstrucción de la filosofía*. Barcelona: Gedisa.

González Alcantud, José, Antonio (1998). *Antropología (y) política. Sobre la formación cultural del poder*. Barcelona: Anthropos.

Montes del Castillo, Ángel (2000). Antropología, Investigación Acción y Trabajo Social. En: *Para el Trabajo Social. Aportaciones teóricas y prácticas*. M^a Jesús Martínez. Granada: Editorial Maristán.

Sousa Santos, Boaventura de (2003) [2000]. *Crítica de la razón indolente. Contra el desperdicio de la experiencia*. Bilbao: Desclée Palimpsesto,

Preguntas del editor – respuestas del autor

1 / El artículo propone un análisis general de un tipo de investigación que no ha dejado de generar polémica. La Investigación-Acción Participativa ha tenido un desarrollo desigual en diversos países, constituye un punto de reflexión y discusión tanto dentro de la disciplina antropológica como fuera de la misma. A lo largo del artículo, se analizan los alcances e implicaciones de la IAP en el quehacer antropológico. Para esto, usted toma como referencia la obra de Ángel Montes “Antropología, Investigación Acción y Trabajo Social”, desarrollando y analizando algunos hitos relevantes presentes en dicha obra. Intentando avanzar un poco más en la contextualización del tema de la IAP nos gustaría conocer su opinión respecto del aporte de la antropología al desarrollo político y social a través de la incorporación de profesionales de dicha disciplina al trabajo en organizaciones gubernamentales y no gubernamentales ¿cómo ve el caso español en este ámbito? ¿cree que la antropología se ha integrado al mundo profesional? ¿qué cree que debería cambiar para conseguirlo, qué nos falta?

En primer lugar, cabría señalar que el caso de España se halla aún muy por detrás de otros estados occidentales en lo que se refiere a la creación de un mercado laboral propiamente antropológico, de un perfil o nicho profesional para antropólogas y antropólogos más allá de la academia (docencia, investigación) donde, a menudo, más que antropología lo que se desarrolla meta-antropología, en cierto sentido. La incorporación de profesionales de la antropología (y de la sociología o disciplinas afines) a trabajo en cooperación de ONG's, por ejemplo, que constituye en estos momentos uno de los campos parcialmente abiertos a este respecto, es aún limitada, a mi entender, y debe ganar aún muchas batallas en cuanto a reconocimiento, social y gubernamental, definición de competencias y profesionalidad.

Es también en ámbitos de cooperación al desarrollo donde a menudo se han llevado a cabo experiencias fructíferas de IAP, lo que de nuevo nos recuerda la porosidad entre las fronteras divisorias del estudio, la implicación, la co-operación (real) y la renuncia o la imposibilidad de la inoperancia ante las realidades que se viven.

Así, pienso que la integración de las antropólogas y antropólogos al mundo profesional en el Estado español es sólo parcial, hasta el momento, más allá de los estudios universitarios que tantas veces sólo reproducen la información de modo recursivo. El campo que tal vez conozca algo mejor es el mundo de la cooperación en ONG's, que en los últimos tiempos viene sirviéndose del asesoramiento cultural y de gestión pública de especialistas en temas y regiones como pueden ser los antropólogos y antropólogas (entre otros), asesoramiento que, si se hace con especial cuidado, contribuye en buena medida al buen funcionamiento de los proyectos de desarrollo, y a evitar algunos errores proverbiales en los enfoques del pasado.

A este respecto, sin embargo, consideremos dos cuestiones: una, que precisamente es la persona formada en antropología la que, si bien puede contribuir positivamente en la cooperación, se puede sentir igualmente más crítica y reacia a la implementación de ciertas concepciones del desarrollo paternalistas y dependientes; y dos, que a partir de esta sensación o situación bipolar, crece la responsabilidad del o la profesional para ayudar a generar una inspiración, una idea y una práctica de la cooperación más respetuosa, en verdadera connivencia con las áreas locales y a partir de un interés genuino en las culturas y personas con las que se coopera, como portadores de valores en sí.

2 / La aplicación de la IAP en los estudios antropológicos requiere de un necesario proceso de adaptación. Dado su conocimiento sobre el tema, nos gustaría que aventure y proyecte algunas consecuencias e impactos de la aplicación de la IAP en la investigación antropológica, ¿cree que la Investigación Acción Participativa debe ser pensada como una estrategia metodológica o como un tipo de investigación? ¿la IAP aplicada en antropología debe apoyarse en otras disciplinas? ¿qué opina del enfoque interdisciplinar en este tipo de investigación? ¿qué papel juega la ética en este tipo de investigaciones? ¿debe existir una ética común? ¿qué puntos o temas debería abordar esta supuesta ética común? ¿cuál es el rol del antropólogo en este tipo de investigaciones? ¿cómo define su participación y la de los actores sociales en ella involucrados?

Uno de los aspectos sobre la IAP que se trataba en el texto anterior era su cierta condición elusiva o inaprensible en cuanto a la dicotomía clásica praxis-teoría. Ya resulta difícil diferenciar entre estrategia metodológica y tipo de investigación en el trabajo de campo antropológico, a nivel genérico por así decir, pero el carácter propio de la IAP la sitúa en una especial ubicación híbrida, en una muy particular consistencia miscelánea. La IAP es, indudablemente, una estrategia metodológica en cuanto que permite a la persona o equipo investigadores obtener, comprender, calibrar e interpretar una determinada información social; sin embargo puede también constituir en sí, aisladamente, un tipo específico de investigación, en tanto que su utilidad ha sido y es genuinamente probada en situaciones de estudio sujeto-sujeto, y de retroalimentación entre la persona que estudia y la que es "estudiada".

Además, se ha de añadir que la IAP contiene la importante componente de implicación, que significa la imposibilidad de la indiferencia, del no posicionamiento; un no posicionamiento ya es algún tipo del mismo, lo que involucra de modo especial la presencia de la ética.

Es precisamente, en mi opinión, la implicación ética la que beneficia y requiere la interdisciplinariedad y la conveniencia del apoyo en otras disciplinas. En primer lugar, cuando se trata de estudios y realidades sociales, la diferenciación de disciplinas al modo de compartimentos estancos carece de sentido; el motivo de las inquietudes antropológica, sociológica o incluso psicológica o histórica difiere más en métodos o determinados enfoques, modas o escuelas, que en el fondo de las preocupaciones; y es compartir preocupaciones lo que une, no compartir soluciones o miradas a las mismas. Así, pienso que en cualquier estudio social la complejidad puede ser percibida con mayor riqueza desde la interdisciplinariedad, por supuesto (también) metodológica.

La condición misma de la IAP, sin embargo, conlleva acaso una mayor necesidad de ella, sobre todo, como se indicaba, por el aspecto de la ética. La ética no puede ser una, monolítica o monológica, si se desea hablar y vivir desde el rechazo al etnocentrismo (o el relativismo) sin ambages. No creo que pueda existir una sola ética por la misma razón que nos asiste en el reconocimiento de las diferencias culturales... en el gusto estético, en el sentir, en los conceptos de dignidad, amor, bondad o malicia. Sin embargo, volvemos a la cuestión de las preocupaciones frente a las soluciones de las mismas: tal vez sea imposible (y creo que no deseable) una idea de "ética común", pero sí es deseable un conjunto de preocupaciones compartidas, de inquietudes vecinas, que partirían de la base del respeto y la consideración culturales, de la alteridad, en última instancia. Es desde aquí como podría ensayar algún tipo de definición o demarcación de mi propia ética "antropológica" y humana.

Y, en cualquier caso, cada propuesta ética, especialmente en antropología, debería constituir eso, una "propuesta" y no un imperativo (versus Kant, versus la modernidad ilustrada) en ese diálogo cultural y humano que permite tan fácilmente la IAP. Si se considera la ética como un campo de reconocimiento y diálogo, espacio

de debate (moral) a la espera de contribuciones, tal vez serían más sencillos o fructíferos el trasvase y la interacción de valores, alientos entre distintas culturas, individuos, antropólogas, sociedades o etnias.